

tienen referencia indirecta con las pasiones, y acerca de la naturaleza y atributos de Dios, ¿quién podrá contar los extravíos de la ciencia del paganismo? Sus sueños y sus fábulas siempre darán vergüenza. Sus dioses eran groseros y viciosos, reinaba la disension entre ellos, se trataban con injurias y desprecios, y en el cielo se veían convites y amores mezclados de locura. Pero no insultemos á la razon humana trayendo á la memoria sus quimeras ya olvidadas. Se desengañó por fin la filosofía de tales extravagancias: aunque mejor diria, que salió de un precipicio para arrojarle en otro. ¿Qué mezcla tan horrorosa ha desfigurado las verdades mismas que conserva, y de que es deudora al Evangelio al tiempo mismo que blasfema de su doctrina? Veamos algunas. Dios es un Ser independiente, y por tanto necesario y perfecto. Pero, dicen, que para este Dios son iguales la virtud y el vicio: que no premia ni castiga: y que la multitud de los objetos sobrecargaria su entendimiento y degradaria su magestad. Si á esta divinidad sustituyen el *acaso* los filósofos de nuestros dias, el concertado órden del mundo, el curso invariable de los astros, la ordenada sucesion de las estaciones, la multiplicacion ó reproduccion casi infinita, pero tan portentosa de los animales y plantas cada uno en su especie: la multitud de fenómenos que tanto tiempo há nos tiene como admirados, produciendo incesantemente motivos nuevos de admiracion; todo esto segun su ruinoso sistema, será obra del *acaso*, y siendo así que el *acaso* es nada, tendrá mas industria y habilidad que todas las inteligencias conocidas.

Comparemos ahora con estos desatinos y locuras las ideas que nos da la Religion Cristiana de la grandeza de Dios, y del poder que en sus obras resplandece, ó de su impenetrable sabi-

duría, de su inmensidad, independenciam y de todas sus perfecciones infinitas. Apesar del yugo con que la fe cautiva nuestro entendimiento, todos los conocimientos de la filosofía son tinieblas y fuegos fátuos, comparándolos con las luces del cristianismo. Un muchacho con las primeras luces de la razon entre nosotros, y un pescador de Galilea, un curtidor de Tarso y una mercadera de Libia en los principios de la Iglesia, tienen mas conocimiento de la naturaleza de Dios que el Areópago, y hablan con mas dignidad de los atributos divinos, de las propiedades de nuestra alma y de las virtudes sólidas que el Pórtico y el Licéo, y que Sócrates y Platon. Las pocas espresiones sublimes y luminosas que tanta nombradía han dado á aquellos filósofos, son unas riquezas prestadas, y que se encuentran en nuestros santos libros, como lo verá claramente quien los leyere.

Si algunas veces nuestra Religion deja de levantar el velo magestuoso, y supera á la razon la fe en sus misterios, nunca la contradice. La razon impetuosa en sus indagaciones, se sorprende al principio de no ver manifesta la verdad; pero si reflexiona sobre sí misma, verá claramente que si alcanzara los misterios, seria de una capacidad sin límites y dejaria de ser lo que es: ó que si comprendiera á Dios, dejaria Dios de ser quien es, pues no seria infinito. Si no podemos conocernos perfectamente á nosotros mismos, ¿cómo conoceremos la inmensidad del autor de todas las cosas? ¿Acáso sabemos lo que es el principio de la vida que nos anima, y por qué lo que ya no es, y lo que no es aun, se nos presenta como lo que es? ¿Qué lazo es el que une nuestra alma con el cuerpo? y si no está pegada á él ¿cómo le mueve á su gusto? ¿Cómo si estuviera en una sola parte del cuerpo, podria moverlas todas? ¿y estando esparcida por todo

el cuerpo, cómo carece de estension que es una propiedad incompatible con su naturaleza misma?

Hay aun otras cuestiones menos sutiles y todavía mas capaces de confundirnos. A Job se las propone la eterna Sabiduría. »¿En dónde estabas, le dice, cuando yo disponia el diseño del edificio del mundo? ¿Quién aplicó á esa grande masa la regla y el compás? ¿Sobre qué basa se fundó, y quién fue el que puso el primer cimiento? ¿Quién señaló al mar tan justos límites? ¿Qué cadenas ó qué invisible freno contiene con tanto imperio el furor de sus altas y espumosas olas? ¿Dó está la luz por la noche, y dónde las tinieblas durante el dia? ¿Dónde están guardadas la nieve y la escarcha? ¿Por qué canales sale á propósito la medida de calor y de humedad proporcionada para hacer que broten las semillas en la tierra, que es el elemento menos activo? ¿Cómo el barro que ni tiene color ni sabor produce flores tan variadas y frutos de toda manera? ¿De dónde las plantas tan ricamente variadas, que cada año pierden sus frutas y verdor, y casi su vida, vuelven á sacar las mismas frutas y colores para el año siguiente?» Venga la orgullosa filosofía antigua y moderna á resolver estas preguntas. Que nos diga alguna cosa que nos satisfaga mas que lo que enseñó á los sabios mas instruidos de la Grecia San Pablo, simple artesano, cuando redujo la causa de tan pasmosas operaciones á sola la voluntad de aquel Ser Supremo, por quien nosotros y todas las criaturas vivimos, obramos y somos.

Mas si la filosofía no puede responder á estas cuestiones naturales, y lo mismo que tiene á la vista y en su mano encierra tantos enigmas, ¿será razon que se admire de no poder sondear las sagradas tinieblas con que se oculta, porque quiere, el Dios

de la gloria? Ninguna cosa nos comunica tan alta idea de su grandeza, como los misterios que no puede penetrar nuestro limitado entendimiento. No respetaria yo tanto la santa Religion, si sus objetos cayeran enteramente en la jurisdiccion de mis sentidos, ó si los misterios no escedieran la corta medida de mi actual inteligencia. Pero cuando Dios me revela por sí mismo una manera de Ser superior á todas mis perfecciones, ó á una sin igual naturaleza en tres Personas perfectamente iguales: cuando me pasma con los prodigios de bondad y sabiduría que no tienen egemplo, un Dios que se hace hombre, para reconciliar á los hombres con Dios; un Dios que se anonada y abre una nueva via á la gloria por entre los oprobios y el abatimiento; entonces no puedo menos de clamar: unas maravillas que para pintarlas no hay colores bastantes, ni palabras para espresarlas, no pueden ser invenciones del hombre.

Estas sublimes verdades están entrelazadas entre sí con toda perfeccion, pero observando la esplicacion del Apóstol en sus epístolas sobre los misterios del Hombre Dios, principalmente cuando escribe á los Romanos, á los Gálatas y á los Hebreos, ¿qué orden y qué trabazon tan admirable encuentran allí las almas rectas! Sentados los principios, todo se sigue, todo se esplica por sí mismo, en todo se nota una exacta consecuencia y una precisa conexion tan manifestamente divina, como la inmensidad del objeto cuya infinidad es incomprendible. Examínese el punto que se quiera de nuestra fe: por egemplo, si pecó el primer hombre. Dios que es libre en sus obras, aunque mostró su justicia contra los ángeles rebeldes, puede mirar al hombre con misericordia; pero si quiere, usando de su clemencia, reparar completamente y del modo mas oportuno la injuria que el hom-

bre hizo á la Magestad divina , es preciso que en la Persona del Libertador se asocien la naturaleza del hombre y la naturaleza del Dios ofendido : solo así podrá satisfacer completamente el agravio que hizo el hombre á Dios ; porque si Jesucristo fuera solo Dios , no hubiera podido morir ni padecer , ni hacer obras espiatorias de la culpa ; y si fuera puro hombre , por mas santo que fuese , ni los tormentos que padeció , ni sus trabajos serian de mérito infinito , y por consiguiente no guardarian proporcion con la infinita grandeza ofendida y ultrajada por el hombre. Luego era indispensable que hubiese entre las dos naturalezas de Jesucristo una union tan estrecha , que por ella las obras del hombre fuesen en verdad obras de Dios , y que la divinidad unida á la humanidad personalmente y sin confusion diese á la grande obra de la redencion su valor infinito. Supuesto , pues , el fondo del misterio , ¿ qué enlace no encuentra la razon en su explicacion y en sus consecuencias !

Ninguno de nuestros dogmas , aun el mas impenetrable , es opuesto á la razon : solamente es opuesto á nuestros sentidos y preocupaciones. ¿ Mas cuántas verdades indisputables las contradicen siendo enteramente naturales ? Son tan engañosos nuestros sentidos , que una de las primeras máximas de la sabiduría es que desconfiemos de cuanto nos dicen. ¿ Por qué pues les hemos de dar una absoluta confianza , cuando se trata del misterio mas impenetrable cual es la unidad de la esencia , por ejemplo , y la Trinidad de subsistencias ó personas en el Ser divino ? ¿ Y de dónde vienen las dificultades de creer este profundo misterio ? De que vemos que en los hombres una sola naturaleza forma una sola persona , y muchas personas tienen muchas naturalezas distintas. Así pues la dificultad proviene del hábito y preocupa-

cion , no del juicio ni de las luces de la razon. Para que hubiese contradiccion seria preciso afirmar y negar una misma cosa , como seria afirmar que hay una sola naturaleza divina y que hay muchas ; que hay un solo Dios y que hay tres Dioses. En esto sí que habria contradiccion ; pero la misma fe nos incita á despreciar este abominable absurdo , y nos enseña , que en Dios hay una sola naturaleza , y hay no obstante tres Personas. ¿ Quién nos induce á confundir los términos de persona y de naturaleza ? La imaginacion tan solo , mas no la inteligencia. ¿ Acaso el hombre menos circunspecto no debe estar siempre alerta para guardarse de la imaginacion y aun de lo que le digan los sentidos ? ¿ Yo doy asenso á mis ojos y á mis sensaciones cuando me dicen que el sol tiene un pie de diámetro , ó que los colores son una cosa añadida á los cuerpos y á la disposicion de las partes de la superficie de estos ? ¿ No me dice por otra parte la razon , que hay analogía entre las propiedades de las cosas y su naturaleza ? Luego en el Ser perfecto y necesario deben ser necesarias y perfectas ; y en aquel Ser en quien la inmensidad es tan esencial como sus demás atributos , deben ser infinitas y sin comprension. Luego seria una loca pretension querer comprender las propiedades del Ser divino , y un absurdo el querer hacer la explicacion de ellas.

Algunos se niegan á creer el misterio de la Trinidad porque no le comprenden , y repugnan sin razon creerle , porque no entienden en toda su estension los términos con que se anuncia , que son los de naturaleza y persona , por mas que en este misterio no haya ciertamente contradiccion alguna. Sabemos y sostenemos contra la impiedad de Sabelio , como lo notamos en la historia de su condenacion , que las denominaciones de las Per-

sonas divinas no son vanos sonidos ó términos sin sentido que signifiquen las propiedades convenientes á una misma persona, de la manera que á una misma naturaleza. Aunque no sabemos todo lo que significan estos términos, sabemos lo suficiente para no hacer de ellos un uso impío y abusivo. Dirán que seria menester saberlo todo; y si así es, seria necesario saber á fondo lo que es naturaleza, y lo que es persona, para decidir por la razon si puede ó no puede ser que haya muchas naturalezas en una sola persona, ó muchas personas en una sola naturaleza. Mas mientras que no podemos hacer un exacto análisis de estas profundas ideas, y penetrar la conexion que tienen entre sí, nuestros juicios naturales como que se fundan en conjeturas simples, serán unas presunciones arriesgadas y muy espuestas al error. ¿Y se dirá por esto que hay contradiccion, ó que es muy pesado el yugo de la fe? Si fuera así, tambien tendríamos en poco los testimonios de mayor peso en cuanto no pudiéramos profundizar, y entonces el que tuviera menos ciencia y penetracion adquiriria mas derecho para no creer á las personas mejor instruidas y de mas ilustracion. ¿Podrá haber una consecuencia mas fuera de razon? y por consiguiente ¿se ha visto nunca principio mas defectuoso que aquel de donde tan naturalmente dimana?

No se incurre en tan crasos errores en las cosas humanas. ¿Cuántos hechos extraordinarios se creen fácilmente, aunque parece que están en contradiccion con todo cuanto se ha visto, y que chocan con todas las preocupaciones? Tantas hazañas de los héroes de la Grecia y de Roma son con respecto al orden comun de los sucesos verdaderos prodigios, y no obstante no se dudan por estar apoyados con testimonios irrefragables. Por el

mismo principio no se mueven disputas sobre la posibilidad de las cosas de hecho, cuando son suficientemente atestiguadas. Por lo que respecta á la naturaleza ¿cuántas imposibilidades se suponian en la física que han desaparecido con las esperiencias mas modernas? Estos objetos corresponden á nuestras facultades naturales, y son mas proporcionados á ellas sin comparacion que los objetos sublimes de la revelacion; y no obstante hay quien admite aquellos, que no quiere admitir estos. Sea la que fuere la causa de una conducta tan desigual, nos debe ser mas sospechosa; porque si hay ventaja en la razon de creer, está de parte de nuestros misterios. Mientras que en esta materia no nos prueben una patente contradiccion, nada absolutamente prueban; y por lo menos, supuesto lo que acabamos de decir, debe haberse presentado que no tienen las nociones suficientes para demostrar tal contradiccion, aun dado por un imposible que existiese.

Proponer dificultades y dar lugar á dudas y sospechas, es en vano; pero esto es lo mas que han podido hacer los incrédulos. Los unos han convenido con franqueza y en términos espresos: los otros han hecho y cada dia están haciendo la misma confesion de un modo equivalente, considerando los milagros de Jesucristo como una prueba sin réplica de la divinidad del cristianismo, supuesto que sean verdaderos. El mismo Espinosa, como él dice, se hubiera convertido con la resurreccion de Lázaro, si hubiera sido testigo de ella; es decir, si le hubiera convencido la vista de este milagro, contrario segun él á la razon, aunque no era realmente contrario; y por consiguiente las contradicciones que oponen como existentes en nuestros misterios son de pura presuncion ó aparentes. ¿Será por ventura la

resurreccion de Lázaro contradiccion porque no la vió Espinosa?  
 ; Mas qué necesidad tenemos de semejantes testimonios? Tantos Padres de la Iglesia y santos Doctores, ingenios vastos, sublimes y dotados de penetracion y discernimiento, no menos que de fuego y de elocuencia, como lo confesará todo lector imparcial por lo que haya visto en las obras de un San Cipriano, un Basilio, un Gregorio Nacianceno, un Ambrosio, un Crisóstomo, un Gerónimo, un Agustin; y ascendiendo mas arriba un Justino, un Aristides, un Arnobio, un Clemente Alexandrino, un Orígenes y un Lactancio: todos estos varones de un inmenso estudio y profundidad, de entendimientos tan sólidos y exactos, estos verdaderos filósofos; no hubieran echado de ver las contradicciones, si existieran, en nuestros dogmas? Ya se ha visto que muchos de ellos experimentaban grande trabajo en sujetarse al yugo de la fe, como que habian nacido en el paganismo y en la incredulidad, y las preocupaciones de la educacion no podian allanarles el camino. »Nosotros, decia Tertuliano á los Gentiles del tercer siglo, tambien hemos sido de vuestra religion, no nacimos Cristianos, nos fue preciso llegar á serlo.» Mas aquellos corazones rectos y virtuosos, aquellos espíritus verdaderamente fuertes y capaces de conocer y amar la verdad, entendian bien que las presunciones y las apariencias en nada la despojan de su realidad. No era su intento penetrar unos objetos que son impenetrables; les era suficiente el que su existencia estuviese sólidamente probada, y la misma obscuridad de nuestros misterios les convencia que no eran invencion de hombres, quiero decir, de los primeros predicadores del Evangelio. No podia señorearse en aquellos entendimientos exactos y consiguientes la suposicion quimérica de que unos impos-

tores de suficiente habilidad para haber manejado la revolucion mas pasmosa en las costumbres y opiniones, pusiesen por basa de una Religion que querian hacer universal la ciega docilidad á sus misterios, siendo este el sacrificio mas costoso. Reconocian, que así como es inaccesible á la razon en cuanto al objeto, así tambien es conforme á la razon en cuanto á los motivos de creer, y por cuanto su elevacion es superior á nuestra débil inteligencia. Así es sin duda; no hay cosa mas razonable que el que nosotros no podamos concebir las infinitas perfecciones del Soberano Autor de lo criado, ni su modo de ser infinitamente perfecto é infinitamente superior á nuestro modo de ser. Muy conforme es á la razon que suspendamos nuestros juicios, mejor diré, que triunfemos de nuestra ciega repugnancia en aquellas cosas que solamente nos parecen dificiles, porque nos faltan las nociones á causa de que la esfera de nuestro entendimiento tiene límites. Bien pudiera la Verdad increada haber dilatado sus términos con una revelacion mas circunstanciada, que destruyese todas nuestras dificultades; pero es muy puesto en razon que Dios nos haya ofrecido algunos misterios para abatir nuestro soberbio entendimiento, así como nos ha dado algunas leyes para enfrenar nuestras inclinaciones desordenadas. Necesario era domar todas las facultades de nuestra alma, supuesto que todas ellas habian sacudido el yugo sagrado de la obediencia. En la ley de la naturaleza, con la que el Eterno Legislador se contentaba antes del Evangelio, casi todos los hombres ignoraban los sublimes misterios que son el objeto de nuestra fe; ; pero en qué estravíos tan deplorables no cayó entonces el hombre? Ya hemos visto con dolor el delirio casi universal del mundo idólatra, y el furor de las naciones mas ilustradas que fueron

las que se ostentaron mas sedientas de la sangre de los Mártires, y así por mas oscuros que parezcan nuestros dogmas son verdaderamente fuentes de luz y poderosos preservativos contra las tinieblas del error, fijando la pasagera y peligrosa curiosidad del entendimiento humano.

Están reunidos en el símbolo los puntos capitales de nuestra fe para contener nuestra natural inconstancia. El ejemplo de los Apóstoles nos advierte juntamente con los escritos de los Padres y con los primeros Concilios, que con mucho riesgo intentaríamos ir mas allá de lo que estos nos enseñan: que sola la innovacion de los términos arbitrariamente inventada en esta materia es una verdadera profanacion; y que no se distingue el Doctor del simple fiel respecto de objetos tan sublimes, antes bien el mas sabio y mas digno de ser oido, es aquel que se sujeta mas religiosamente á la letra. Y así se ha visto en cuatro siglos y se verá en todos los siguientes, que el santo depósito de la Escritura y de la tradicion ha ido pasando, segun lo recibió la Iglesia sin añadir, suprimir ni alterar cosa alguna, permaneciendo la doctrina de la salud invariable y la misma en el curso borrascoso de los tiempos.

Hablemos ahora del sacrificio importante de las escasas luces naturales, y observemos si los que le tienen por contrario á la razon son los que mejor usan de ella. Para combatir solamente la maravilla del establecimiento de la Iglesia, que es el objeto de nuestra obra, ¡cuántas paradojas y absurdos estravagantes es preciso adoptar! Es preciso desde luego negar los hechos extraordinarios consignados en todas las historias; pues no hay otra que tenga la autoridad tan bien fundada como la de los hechos evangélicos. Se necesita creer ciegamente lo que nos quie-

ran alegar algunos espíritus estragados por el orgullo y otras pasiones humanas, que todos los Profetas supusieron que leían lo futuro con el objeto de autorizar alguna faccion sacrilega: que el mas Santo que nació de muger, un San Juan, á quien por la santidad reputaron por el Mesías, no llevó mas fin en no recibir este título incomparable que el hacer que tributasen honores divinos á un seductor: que los Apóstoles y el mismo San Pablo, que al principio perseguia con furor la Iglesia en su cuna, y todos los primeros discípulos de Jesucristo sacrificaron su fortuna ó sus esperanzas, su reposo y su vida á un impostor, justa víctima de la muerte y de la infamia, y esto cuando era incapáz de inspirar afecto ni temor, como que habia muerto en un suplicio. Es necesario confesar que los mismos enemigos del cristianismo contribuyeron á una empresa quimérica, y que la Providencia, que es la que dirige el curso de los sucesos, los dispuso de modo que facilitasen la sorpresa y fomentasen el error. Que el cielo con sus prodigios acreditó la mentira con el sello de la verdad; y que el hombre y la sociedad encontraron en las impiedades y en las imposturas su dicha, su tranquilidad y su seguridad: que los hombres mas falsos y mas perversos no respiraban otro deseo que el de la satisfaccion del género humano, y por conseguirla todo lo sacrificaron. Que siguió este plan una multitud innumerable, y se ejecutó felizmente á pesar de los esfuerzos de todas las potestades de la tierra; y en una palabra, que se obró súbitamente una revolucion total de la que resultaron mejoradas las costumbres y la conducta de los hombres; y que siendo así que siempre el amor propio utiliza la impostura á costa de la justicia y de la caridad, aquí la mentira y la superchería aprovecharon á

la virtud á costa de los deseos desordenados del amor propio. Esta es la menor parte de las contradicciones y absurdos que abrazará el que tome el partido de la incredulidad. Pregunto: ¿nos presentan tantas dificultades nuestros dogmas, aun los mas difíciles de creer?

Confesemos pues, que el símbolo de nuestra fe y las obligaciones que resultan de los preceptos evangélicos contra el desorden de las pasiones, eran una terrible prueba, respecto de los pueblos que recibieron primero la doctrina de la fe. Uno de los primeros ministros de este sublime Evangelio y de aquella Sabiduría recóndita para los sabios del siglo, nos enseña que Cristo crucificado era un escándalo para los Judíos y una locura y motivo de risa para los Gentiles. Para convertir un mundo carnal, no se trataba menos que de elevarse á una esfera desconocida del espíritu humano, adorando á un Dios pobre que padeció por nosotros, prefiriéndole á cuanto lisonjeaba los sentidos y encantaba los corazones. Se trataba de dar al humano corazon, de suyo tan estrecho, una nobleza y una caridad tan dilatada que abrazase á todos los hombres, que reconociese en ellos los hijos de Dios, y aun á los mayores enemigos los mirase como hermanos muy queridos. Pretendian apagar ó amortiguar todas las inclinaciones perversas de la naturaleza, y sujetarla con violencia á todo lo contrario á su imperiosa propension, y casi destruirla para rectificarla. Se trataba de morir para sí, de renunciarse á sí mismo, y de declarar guerra abierta sin cesar á los gustos depravados, y sin dejar de seguir una lucha intestina entre el Evangelio y nuestra depravacion toda la vida. Era el cristianismo una nueva Religion que al mismo tiempo se oponia á las opiniones generalmente recibidas, y á los afectos que se miraban

como naturales. El soberbio filósofo que la abrazaba, se veía precisado á refrenar su entendimiento con unos principios que destruían toda su penetracion; porque le era necesario abandonar las preocupaciones y máximas que le habian inspirado sus padres y sus maestros, ó bien los sabios y políticos mas respetados. El Judío, aunque depositario de la verdad de las Escrituras, no tenia que vencerse menos que el filósofo ó el idólatra vulgar; porque á pesar del celo de la gloria nacional, el primer paso que tenia que dar un Israelita para llegar al cristianismo era de confesar el oprobio y la reprobacion de una nacion tan altiva por haber sido el pueblo elegido de Dios. No era por último menos difícil el establecimiento de la Iglesia que las ruinas del capitolio y la entera destruccion de la sinagoga.

» ¡Qué maravilla, esclama San Juan Crisóstomo, es ver tropas de Judíos y otros diferentes pueblos adorar á un hombre condenado á muerte como un malhechor! ¡Qué maravilla ver la cruz que antes era una señal tan vergonzosa y ahora mas honrada y venerada que el cetro y la diadema! Horrorizan los ecúleos y las uñas de hierro destinadas para maltratar á los malhechores; y siendo la cruz mas horrible y mas infame que todos los instrumentos del suplicio, y reservada para el castigo de los esclavos y de los bárbaros, siendo tan execrada, que los magistrados se hacian culpables si condenaban á muerte de cruz un ciudadano Romano, hoy la vemos reverenciada por todo el universo. Todos hacen la señal de la cruz en la frente, y quisieran imprimirla en el corazon: brilla la cruz en los templos sobre los altares, en las mas augustas ceremonias, y en las habitaciones como en los asilos de la Religion. Se ve levantada en triunfo en la cúspide de los palacios, en las puertas de las ciudades, en